



A mi Guía y a mi pueblo

Hijos del león alado

Voy a contar la historia mil veces cantada de héroes y luchadores incansables, de hazañas y fracasos. Intentos de la vida por abrirse paso.

Esta es la historia del Señor del Sí, semidiós anónimo de una era oscura de quien pocos supieron su verdadero nombre.

También se dice sobre ese pueblo psíquico, aquél que él solo, sí, él tan solo, lograra formar ¿Cuántos se aventuraron en la etapa inicial? Se sabe que no eran sino cinco o seis.

Comenzó en América, continente joven del planeta azul de aquella galaxia alejada del centro de este universo...

Ocurrió que había comenzado el ocaso de la civilización pre-planetaria.

Los dioses se habían distanciado del alma humana. El Dios Profano, el dinero, los había reemplazado.

Ese cruel tirano hablaba a los hombres olvidados de sí, a los dormidos, a los de corazón de hielo, alucinándolos con espejismos de abundancia, azuzándolos a saquear y aniquilar a otros semejantes.

Más de tres siglos se sucedieron.

En los últimos tiempos de esa tiranía el caos assolaba campos y ciudades.

Seres ocultando sus rostros en las sombras acallaban con difamación, persecución y muerte a quienes osaran alzar su voz con ideas nuevas.

Desesperación, rebeldía y a la vez la esperanza anidaban en las almas de jóvenes humanos.

Algunos las armas tomaron para destruir la crueldad reinante.

Otros, rechazando a los poderosos tomaban la paz como signo de lucha buscando salida con extrañas sustancias.

Un joven desconocido aún recurrió a su lúcida mente y noble corazón como el instrumento para Despertar al hombre dormido en su propia ilusión.

En las altas montañas del sur de occidente él decía acerca del deseo y la violencia arraigada en la médula de aquella gente, cubriendo el planeta de sufrimiento.

Señaló el único camino de liberación no falso para superar eso que dentro de cada uno frena la vida impidiendo el vuelo.

Entonces, luego declaró que si Dios había muerto en las religiones renacería alejado de todo poder en el corazón de los humanos, en su templo interior.

Quienes supieron oír a aquel hombre bueno transitaron a través de un arduo sendero.

¿Cuántos escollos, y de qué tamaño, habrán debido superar?

Encarcelamientos, asesinatos, injurias, atentados. Pero aún así, siempre la esperanza de un mañana humanizado.

¿Qué tarea no habrán tenido que acometer con tesón a ciegas?

Allí iban ellos poniéndose a prueba en su rebelión, superando límites no sólo de sus cuerpos sino sobre todo ese de sus mentes; aquello que temían, aquello que los dividía y los aprisionaba condenándolos al sufrimiento cual castigo injusto. En medio de la selva, en cumbres despobladas; sin cejar su empeño puesto en el despertar de sus propias conciencias en pos de un paradigma y el sentido anhelado.

Algunos no lograban avanzar por la escabrosa senda. Se dice que sólo continuaron quienes sin saber

escucharon en el silencio de su noche interna el quedo susurro que en ecos de montaña llegaba a todo aquel que a corazón abierto buscaba en su interior la sagrada señal.

Apenas un puñado de esos primeros tomaron sus naves llegando a lugares lejanos; a miles de lenguas, a miles de almas, con el mensaje que cambió sus vidas.

En sutil ligazón se fue entretejiendo ese pueblo mental, extendiéndose en todas direcciones del bello planeta.

Desde el norte al sur, del este al oeste, sin frontera alguna y surgieron infinitas formas en impensables campos del quehacer humano para humanizar la Tierra, para el nacimiento de un hombre nuevo.

Como anunciara aquél extraordinario Guía, se avecinaban tiempos aún más oscuros.

Deseos egoístas iban aumentando la sórdida violencia ¿En el rincón de qué alma no había sufrimiento?

En medio del despojo de toda humanidad el Señor del Sí entregaba al mundo su sabiduría profunda, la fuerza, la paz, su amor, alegría e infinita bondad.

Una sola frase era el eje que resumía todo: “Trata a los demás como quieres que te traten”.

Hubo quienes tomaron esta regla por ser justa medida de la mayor grandeza humana.

Otros, por ser ese el acto supremo que enhebraba el hilo de la eternidad.

Llegando el final de sus días allí y en esos tiempos, él decía: “Una tormenta aún mayor asoma ya en el horizonte. Como nunca antes pelagra esta especie. Hoy el mundo es uno solo conectado en invisible red.

Lo que pase aquí o más allá se esparcirá en todas partes. Como el Ulises del mito, debemos atarnos al mástil a fin de que el mar embravecido no nos engulla. Haremos lo imposible, redoblando esfuerzos, para dar a quien lo necesite aquello que sabemos hace feliz y libre”.

¡Qué espantosos fueron los tiempos que siguieron! ¡Nadie estaba a salvo sin su centro interno!

Unos y otros violentándose entre sí; intentos de escapar a la locura, enloquecidos. Y aquel pueblo mental inmerso en ese mundo, nunca antes había tambaleado tanto. El ruido ensordecedor del huracán y la furia de sus vientos descontrolados a punto de hacerlo sucumbir. Su temple a prueba.

En esos momentos oscuros, recordaron las palabras de su Guía quien siempre supo llevarlos a buen puerto.

“Todo estará bien cuando profundices en ti. Allí nos encontraremos nuevamente, verás que todo estará bien”.

Con esta certeza calmaron su mente y su corazón; en quietud amable el relámpago interno los iluminó ascendiendo cual etérea magia al gran vacío, hogar de significados sagrados, del impulso puro.

Y así fue que cuando aquellos volcaron su mirada sobre lo profundo de sí, en un breve instante, alcanzaron finalmente a ver eso inasible que fluye, intensa y sutilmente, cual león alado del que hablara el Señor del Sí... y entonces ya nada fue igual.

Más luego las voces de los hijos más jóvenes impregnaron cada corazón. La hora había llegado de ese hombre nuevo. Finalmente, tomando en sus manos la milenaria antorcha que les fuera dada, emprendieron vuelo fuera de ese mundo que los vio nacer, comenzando así a poblar ignotos planetas de aquél universo.

Gracias Silo, guía mis pasos siempre

Ilustración: Fabián Mezquita – Texto: Norma B. Coronel

4 de mayo, 2012